

ADAM ZAGAJEWSKI

SOLIDARIDAD
Y SOLEDAD

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE A. RUBIÓ Y J. SŁAWOMIRSKI

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Solidarność i samotność*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1990 by Adam Zagajewski
Published by arrangement with Farrar, Straus and Giroux, LLC, New York
© de la traducción, 2010 by Anna Rubió Rodón y Jerzy Sławomirski
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-92649-72-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 36 356-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Durante los últimos años han ocurrido en Polonia tantas cosas distintas y extraordinarias, magníficas y lúgubres, que cuesta encontrar el tono adecuado para describirlas. Haría falta ser un Shakespeare para resumir en una frase, en un artículo, todos los claroscuros, todo lo esperanzador y todo lo abyecto. La creación del sindicato Solidaridad no fue obra del azar, una feliz coincidencia, sino la coronación de un proceso que duró años o de una serie de cambios cuyo inicio se remonta a los setenta. Por el contrario, la destrucción de Solidaridad, o por lo menos de sus estructuras legales, aunque nada casual, ha sido fruto de otra fuerza y de otra lógica, una lógica ajena a la evolución orgánica de la comunidad polaca. Por lo tanto, es difícil resistirse a la impresión de que el período de actividad legal de Solidaridad creó más cosas de las que la ley marcial ha sido capaz de destruir. Ahora, en Polonia reina la tristeza, aunque no hay tanta como debería haber en vista de los indudables éxitos de los generales. Esto es así porque los cambios que se produjeron en los años setenta no sólo tenían un carácter político, sino también espiritual y cultural, mientras que el repertorio de métodos y opciones del estado de excepción nunca ha afectado al dominio del espíritu.

En consecuencia, la ley marcial y la contrarreforma lanzada sobre Solidaridad y la sociedad civil recuerdan un poco la famosa gruta del Perro de la que nos hablaban en la escuela. Allí, el gas venenoso que se arrastraba a ras de suelo era letal para los perros, pero inofensivo para el hombre, que mantenía la cabeza en la zona del aire puro. De un

modo semejante, la ley marcial fue capaz de matar instituciones (aunque, por desgracia, a veces también a personas), pero se mostró—y sigue mostrándose—impotente ante la energía que se había revestido de su forma. En un sentido político, el efecto de la gruta del Perro no deja de ser extremadamente destructivo, ya que la política no puede prescindir de instituciones, sindicatos, asociaciones, partidos, fronteras y burócratas. Sin embargo, algunos duendes autónomos de esos que preparan el terreno a todo cambio radical, sea éste cultural o político, sobrevivieron al domingo 13 de diciembre de 1981. Por eso en Polonia hay mucha tristeza, pero también un poco de alegría, por no abusar de la palabra *esperanza*.

Y aún otra cosa. Si la comparamos a las insurrecciones del siglo XIX, la sublevación del sindicato Solidaridad acabó con una derrota tanto menos aplastante cuanto que la violencia cultural y la soviétización son precisamente el elemento fundamental de la violencia moderna. La irradiación educativa de la época de Solidaridad todavía va a durar mucho. Cabe recordar que entonces nació una elite cultural totalmente nueva y bastante numerosa, y que surgió un nuevo esnobismo, el esnobismo de estudiar folletos poco inteligibles reproducidos en alguna de las imprentas clandestinas, más que los libros publicados por las editoriales oficiales.

Sin embargo, no es mi intención hacer periodismo político. Soy consciente de que éste es útil, necesario y hasta imprescindible, pero yo voy a hablar de otras cosas, quiero adentrarme en un callejón no tanto lateral como menos transitado, un callejón que no lleve el nombre de Piłsudski o el de Dmowski, sino más bien el de Irzykowski.¹ Inten-

¹ A diferencia de Józef Piłsudski y Roman Dmowski, políticos y hom-

to asir problemas algo más sutiles e incluso íntimos, pero noto que la pluma, o la máquina de escribir, me empujan hacia el camino principal, hacia el lugar donde se produce un debate serio y trascendente acerca del futuro de las dos Alemanias y de la soviología. La pluma es una criatura ambiciosa, le apasionan los temas cruciales para nuestro futuro. Quiere saber en qué medida hemos perdido la última sublevación y con qué fuerzas contamos en la retaguardia; le gustaría prever la fecha de la caída del imperio soviético y adivinar la futura evolución de Alemania. A mí también me gustaría saberlo, pero por de pronto me entretienen otras preguntas más etéreas, unos problemas que no tienen ni tendrán solución, porque nadie sabe a ciencia cierta por qué en los años setenta se produjo en Polonia un cambio insólito del sistema de valores, y ni siquiera es posible definir con precisión la naturaleza de aquel cambio.

Tal vez sea demasiado pronto para emitir un diagnóstico exhaustivo. Además, nosotros mismos somos partícipes y actores de estas transformaciones, navegamos por el centro de un río que ha acelerado su curso en los últimos años, y no disponemos de ningún mapa del terreno—los mapas se dibujarán más adelante a partir de nuestras ideas, de nuestros libros y de nuestros errores.

Lo único que sabemos es que, a mediados de los setenta, en la vida colectiva de los polacos se produjo una mutación salvadora, una crecida de las fuerzas, del coraje y de la fe, un retorno a las tradiciones. En el ritmo monótono y estepario de la vida de la República Popular resonó una música totalmente nueva, un tono de desafío, de lucha y de inicia-

bres de Estado, Karol Irzykowski (1873-1944) fue un eminente crítico literario, poeta, dramaturgo y traductor. (A menos que se indique lo contrario, todas las notas son de los traductores).

tiva. La oposición de los años setenta fue algo inédito, temerario y lleno de vigor. Y su energía era contagiosa—bastó un par de años para que el fervor se extendiera a millones de personas.

Todo aquello iba acompañado de cambios notables en la manera de pensar y de realizar las actividades culturales. Si bien la oposición era algo nuevo, su mera aparición en los escenarios hizo que los viejos dilemas de la tradición política polaca recuperaran la actualidad. A principios de los setenta, por Varsovia corrían rumores de que unos jóvenes neoconservadores escribían artículos interesantes, y en la segunda mitad de la década, los universitarios y los intelectuales jóvenes se entregaban con fervor a los estudios históricos, sin que nadie los considerara por ello neoconservadores. Mucho antes, cuando se había librado el debate sobre el llamado mito heroico, el coronel Załuski se había pronunciado a favor del heroísmo. En la segunda mitad de los setenta, cuando hacía falta una buena dosis de coraje para vivir una vida arriesgada, ya nadie se acordaba de aquella polémica, y eso ocurría porque, entretanto, la situación había cambiado radicalmente y los coroneles y generales habían perdido el monopolio de la historia patria.

En uno de los poemas más recientes de Julia Hartwig leemos estas palabras:

Europa, para ti somos un depósito de historia
 con nuestros ideales anticuados,
 nuestro poemario desenterrado
 y los cánticos que entonamos.
 Convertimos lo mejor de nosotros
 en pasto del dragón de la violencia:
 muchachos jóvenes, muchachas hermosas,
 mentes sublimes, talentos prometedores
 —ofrendas de flores, cruces y palabras.

Nosotros, hijos pródigos de la sensatez,
predicadores seculares de la esperanza,
herederos de una retórica patria
que nos sienta que ni hecha a medida
aunque tan sólo ayer
nos iba algo estrecha.

«Para ti somos» no es el poema más logrado de Julia Hartwig (justo debajo, en la misma columna, *Tygodnik Powsteczny* publicó «Encima de nosotros», unos versos maravillosos de la misma autora). Sin embargo, su tono guasón y ligeramente inseguro, dirigido tanto a Europa como a nosotros mismos, revela algo interesante: el orgullo de que ocurra lo que está ocurriendo y una leve inquietud acerca de si las cosas deberían ser así.

Contiene también un breve resumen de la historia de la intelectualidad polaca, a la que «tan sólo ayer» su tradición «iba algo estrecha». O sea que el cambio radical es de fecha muy reciente. ¿Será definitivo? ¿De qué clase de cambio estamos hablando? ¿Cuáles son sus precedentes?

En el fondo, sabemos muy poco, lo cual, por otra parte, no es ninguna desgracia. El hecho de que todas las generalizaciones sobre las épocas, los estados de ánimo y las etapas de la cultura sean deficientes—¡sólo ante la juventud hay que fingir que uno comprende a la perfección su propia historia, y por esta razón los manuales escolares abundan en diagnósticos y periodizaciones absurdamente detalladas!—les otorga el estatus de algo inacabado, algo que podemos volver a moldear sentados en un columpio que oscila entre el pasado y el futuro. Si crear el futuro nos cuesta tanto trabajo, por lo menos podemos crear el pasado. Ésta es la visión que un observador malicioso podría tener de Polonia: como sus habitantes han sido desposeídos del poder sobre su propio destino, se dedican a la historia.

¿Puede decirse que los años sesenta fueron la época de la Ironía y del Conocimiento del Mundo y que, vista desde esta perspectiva, la tradición nacional tenía que parecer «algo estrecha»? ¿Realmente estaban los intelectuales tan absortos y tan preocupados por las inesperadas promesas que se intuían en los programas de la vanguardia, por un lado, y en los del revisionismo, por el otro?

Los años setenta trajeron consigo un cambio. El revisionismo estaba exhausto, sus nieblas se habían disipado. La vanguardia perdía importancia en Europa y en el mundo entero. En otoño de 1981, poco antes de que iniciase actividad la fundación de la Gruta del Perro, fui a Cracovia para participar en la inauguración de una exposición colectiva de varios artistas progresistas, es decir, servidores de la vanguardia. Volvía a pisar Cracovia después de pasar más de dos años fuera del país, no me orientaba muy bien en la atmósfera del momento y tenía muchos deseos de tantearla. Los discursos pronunciados durante la ceremonia sonaron como un acto de rendición del arte ante la realidad histórica. Nunca había sido partidario de un concepto radicalmente vanguardista de las artes plásticas, pero sentí algo de vergüenza al ver a artistas que llevaban años dedicándose a hacer experimentos practicar la autocrítica y acusarse de haber perdido el contacto con las verdaderas preocupaciones e inquietudes de la sociedad y de haberse dejado llevar por el abstraccionismo y el esnobismo. Sólo al llegar la época de Solidaridad—confesaban—, habían entendido y habían aprendido que no era lícito alejarse de la sociedad que sufría y luchaba, y que un arte carente de tal contacto se volvía baladí y estéril. Aquellas alocuciones eran sinceras y de algún modo incluso conmovedoras, pero imperceptiblemente nos conducían al sendero trillado por las autocríticas del período estalinista. Entonces se exigía del arte que

fuera solidario con el pueblo (naturalmente, con el pueblo utópico de los manuales de marxismo-leninismo), en cambio, en el período de Solidaridad predominaba el deseo de que la cultura respondiera de un modo inmediato y directo a todos los retos de la historia, esta vez nada ficticios, un deseo de convertir la cultura y la vida colectiva en una unidad orgánica. Stalin exigía que la cultura se fundiera con la mentira histórica, mientras que los artistas de vanguardia, confesando sus remordimientos, pretendían fundirla con la verdad histórica.

El choque entre el mundo interior—¡al fin y al cabo, es allí donde reside el arte!—y el exterior conduce casi siempre a malentendidos, provoca disonancias y genera desproporciones. Los dos bandos se acusan mutuamente de falta de legitimidad y de intrascendencia, y sólo muy de vez en cuando se enamoran locamente, lo cual desemboca en una clásica relación sadomasoquista. Porque ¿qué es el tiempo histórico sino un acopio de casualidades hacinadas y petrificadas? La nariz de Cleopatra influye en el destino del mundo; la nariz de Cleopatra y el bigote de Stalin. Un corso que había salido indemne de las garras de la difteria y de la escarlatina conquistó tres cuartas partes de Europa. Si el vagón sellado en que Vladímir Uliánov atravesaba la Alemania del emperador Guillermo hubiese descarrilado, jamás se habría hecho realidad cierta revolución otoñal. Los acontecimientos que podrían no haberse producido si no hubiera llovido o si un chofer no hubiera tenido jaqueca determinan nuestra vida e incluso nuestra muerte. Nadie lo sabe tan bien como los comunistas. Por eso, no sólo irrumpen en nuestras casas para arrebatarnos las herramientas de trabajo, por ejemplo el reloj o la pluma, sino que, además, insisten en que las cosas tenían que ser así porque Hegel, un dialéctico nada delicado, acabó de una vez por todas con

la casualidad y con la relación causa-efecto, proponiendo en su lugar una alimentación a base de necesidad y secuencia de épocas. Así, cualquier comisario popular tartamudo vuelve a poner de pie la filosofía de Hegel.

La vida interior y el mundo exterior están unidos de un modo tan inescrutable como el alma y el cuerpo. Mente sana en cuerpo sano—¡a fe que sólo los deportistas pueden citar este dicho ingenuo, mintiendo más que aquel habitante de Creta que sostenía que todos los cretenses mienten!—. No puede haber ninguna armonía entre esos dos elementos, porque ¿cómo puede el pensamiento volátil adherirse a las irreflexivas glándulas? ¿Qué tienen en común un sueño y una uña, la desesperación y el fémur? Sólo el pliegue de Veraguth del que hablan los psiquiatras, un supuesto fruncimiento de cejas de los melancólicos, podría constituir el eslabón perdido de la cadena psicosomática, pero quien ha sido lo bastante afortunado para visitar por lo menos una vez en la vida el reino de las depresiones sabe que, en el fondo, los responsables son los planetas, en particular Mercurio, y no las cejas ni sus movimientos tectónicos.

No puede haber ninguna armonía entre esos dos elementos porque, de lo contrario, Solzhenitsyn, un escritor lleno de fe, no habría podido nacer en un país totalitario, y Beckett, un amargado, en la alegre Europa Occidental. De hecho, la vida interior más bien se rebela contra el mundo exterior, y éste se venga encarcelándola, deportándola o asesinandola porque, bien mirado, el verdadero eslabón perdido es la bala de carabina que, a semejanza de la aguja en manos del mejor sastre de España, perfora el cráneo y los pensamientos al mismo tiempo.

¡Qué tema más interesante! El mundo exterior y la vida interior son como un sordo y un ciego a los que el Departamento de Vivienda ha condenado a convivir en una sola ha-

bitación. O como el río que, sin sospechar nada, sin esperar ninguna trampa, desemboca en el mar y deja enseguida de ser agua dulce. Y no es de extrañar que no lo acompañen en el viaje los peces que le habían sido tan familiares desde el nacimiento. Etcétera, etcétera. Hay un sinfín de símiles al alcance de la mano. Y todo para que finalmente no sepamos explicar la convivencia de los dos elementos. La vida interior suele llamar a la puerta del mundo exterior como los testigos de Jehová, que siempre vienen cuando estamos cenando, mirando una película interesante en la televisión o cuando nos entregamos a la dulce ociosidad.

La vida interior se rebela contra la crueldad del mundo exterior. Los grandes libros del siglo xx fueron escritos contra ese monstruo por solitarios que luchaban con la desesperación: Nadezhda Mandelstam, que obligaba a su marido a aprenderse de memoria sus poemas, George Orwell, un no afiliado entre los camaradas, Solzhenitsyn, un vengador dotado de una memoria prodigiosa, el enfermo Alexander Wat, que contaba a Miłosz sus vivencias de la cárcel de Lubianka, Simone Weil, a quien se le apareció Dios, Bonhoeffer, encerrado en la prisión de Tegel.

Hace decenios, los viajeros hablaban de las nieves de la región polar. Scott o Amundsen lucharon con la nieve, y la nieve está presente también en los poemas de Mandelstam.

Grandes viajeros avezados al frío. Pero un Nietzsche del siglo xx (¡ha habido tantos imitadores y discípulos de Dioniso!) argüiría: «Vuestros maestros son una pandilla de convictos o de enfermos; ¿no hay nadie que haya encontrado el camino hacia Dios a pesar de ser libre y estar sano? ¿Seguro? Cuando vuestros maestros andan sueltos y se encuentran bien—proseguiría—, suelen ser burlones y nihilistas (¡y yo tengo una parte del mérito!), o bien comunistas de la tropa de Trotski y Lenin, lo que en el fondo es

lo mismo. Sólo en momentos de gran necesidad han sido capaces de tomar medidas drásticas. Y ahora vosotros, sus lectores (vosotros, coleccionistas, comentaristas, periodistas, eruditos, filólogos, profesores y estudiantes), os reconfortáis con el calor que ellos le arrebataron al hielo y (¡admitidlo!) por las noches os imagináis en algún lugar de Siberia y oís los aullidos de los lobos, o bien las paredes de vuestra confortable habitación os parecen los gruesos muros de la prisión de Tegel. ¿Seríais capaces de deducir de lo cotidiano lo que ellos vieron en una situación crítica?».

Si traigo a colación la hipotética voz de un nuevo Nietzsche no es porque esté de acuerdo con ella, sino porque, en la extraña y exasperante polifonía de opiniones del siglo xx, este tono escarnecedor y negativo es omnipresente. Cuesta menos olvidar la voz de un marxista, de un comunista o de un partidario de una u otra utopía que el silbante sarcasmo de Nietzsche repetido luego por Gottfried Benn, André Gide, Louis-Ferdinand Céline, los surrealistas, parcialmente por Robert Musil y Thomas Mann, y por tantos otros, grandes y pequeños. La tradición nietzscheana parece dar una forma diferente a la percepción del mundo y de la cultura, una forma que podría definirse como espiritualidad negativa, porque se manifiesta a través de la desconfianza hacia las formas espirituales «positivas», piadosas, centradas en los valores. Dirige su sarcasmo contra cualquier pietismo, sea éste religioso, patriótico o incluso estético, porque por todas partes husmea engaños, subterfugios del orgullo, de la vanidad—o de la debilidad—, y, mire por donde mire, no ve más que máscaras, falsedades, intereses creados, comportamientos gregarios e hipocresías. ¡Pobre Nietzsche, que se deshacía de todo lo positivo, de todo lo bondadoso! (Dijo: «Siempre me resulta difícil romper un lazo, pero cuando lo hago, en su lugar me crece un ala»).